‘Relatos de viaje’ y paradigmas culturales

Luis ALBURQUERQUE-GARCÍA

*Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA)
Consejo Superior de Investigaciones Científicas(CSIC)
Madrid, España
luis.alburquerque@cchs.csic.es*

Resumen: Se trazan las relaciones dialécticas entre los ‘relatos de viaje’, con ejemplos tomados sobre todo de la literatura española, y los distintos paradigmas culturales y científicos a lo largo de la historia. El propósito es enfatizar la importancia de un género literario que ha existido siempre bajo diferentes formas y con márgenes a veces difusos. Su posición fronteriza a caballo entre lo documental, lo testimonial y lo literario lo convierten en un género privilegiado para analizar los puntos de contacto con los diferentes parámetros culturales, filosóficos y científicos por los que ha atravesado a lo largo de la historia.

Palabras clave: literatura de viaje – ‘relatos de viaje’ – paradigmas culturales.

‘Travelogues’ and Cultural Paradigms

Abstract: This paper aims to demonstrate the dialectical relationship between ‘travelogues’ and different cultural and scientific paradigms throughout history, with the main purpose of emphasizing the importance of a literary genre that has always existed in different forms and sometimes with diffuse margins. Its border position, which reveals features of the documentary, the testimonial and the literary, makes it a privileged genre in order to analyze the contact points with the different cultural, philosophical and scientific parameters that have characterized it.

Keywords: Travel literature – ‘Travelogues’ – Cultural paradigms

Parto de la convicción de que el ‘relato de viaje’ se perfila como un marbete caracterizador de un género con unos rasgos definidos a lo largo de la historia, a pesar de los diferentes moldes que asume según los períodos y las corrientes en que se inserta. Me gustaría subrayar la relación dialéctica entre el género y algunos paradigmas culturales, cuyas huellas se pueden rastrear en aquel.

En los relatos de viaje medievales se incoa lo que he llamado el primer empirismo literario, *avant la lettre*, que cristalizará, como tendremos ocasión de ver, en los relatos de finales del XVII y, sobre todo, en el XVIII. Las crónicas de Indias, a su vez, incorporan el marchamo renacentista. Por su parte, el giro ilustrado y el sesgo romántico grabarán su impronta en el género con un afianzamiento del *docere* y una ampliación de los moldes genéricos en el primero (memorias, epistolarios, crónicas) y una conversión de la voz del autor en instancia decisiva, en el segundo. En la actualidad se ha afianzado en el panorama de las letras con vitalidad notable e incluso se puede detectar un escritor viajero que ha devenido en profesional del género.

En rigor, el ‘relato de viaje’ ha pervivido a través del tiempo amoldándose (¿o tal vez, en algunos casos, adelantándose?) a algunos de los paradigmas culturales más influyentes a lo largo de la historia. Quizá por eso se le ha calificado como híbrido, interdisciplinar y con una gran capacidad para metamorfosearse.

Como ya he dicho en ocasiones anteriores y a otros efectos, la prosapia del relato de viaje no entronca con obras como la *Ilíada* de Homero, la *Argonáutica* de Apolonio de Rodas, la *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* o la misma *Eneida*, todas ellas emparentadas con la literatura de ficción. Ni con aquellos textos viajeros más próximos a lo que hoy denominamos ciencia ficción, como *Las maravillas de Tule* de Antonio Diógenes (que nos han llegado a través de los resúmenes de Diodoro y Focio) o los *Relatos verídicos* o la *Verdadera historia* de Luciano (siglo II), divulgados en época romana por Apuleyo.

La fuente más directa hay que buscarla en la *Historia* (siglo V a.C.) de Heródoto y en la *Anábasis* (siglo IV a.C.) de Jenofonte, en las que pesa el carácter histórico-documental más que cualquier otro. Heródoto y Jenofonte pertenecen a la estirpe de los viajeros reales, que nos hablan de los hechos memorables vistos y oídos en sus viajes y relatados con espíritu de historiador y, diríamos hoy, de reportero, respectivamente. En el caso de Heródoto los viajes discurren por la geografía de los pueblos bárbaros cuya etnografía e historia se nos transmiten con minuciosidad. No es ciertamente protagonista de los acontecimientos narrados —aunque es muy preciso al señalar las fuentes en que se basa— como sí lo fue Jenofonte al transmitirnos su experiencia como soldado mercenario griego reclutado por Ciro. De las tres fuentes referidas (la literatura viajera de ficción, la literatura de viaje de ciencia-ficción y la literatura de

viaje de base historiográfica) los ‘relatos de viaje’ encuentran su raíz de este lado de la historiografía. Entroncan con un linaje de textos cuyo marchamo literario es indudable. Heródoto, de hecho, fue siempre conocido en la antigüedad con el epíteto de “gran imitador de Homero” a quien Aristófanes parodió ya en una de sus comedias tempranas, los *Acarnienses*.

Quizá se puede extraer como corolario que la literatura no siempre es ficción, o no solo es ficción. Se podría invocar la autoridad de Aristóteles en contra de esta postura, pero bastaría recordar que el Estagirita también argumenta en la *Poética* en favor de las obras (léanse tragedias) que recurren a nombres que han existido, ya que —aduce— «Lo sucedido, está claro que es posible, pues no habría sucedido si fuera imposible».¹ Y también: «Y si en algún caso trata cosas sucedidas,² no es menos poeta». Y más avanzada la *Poética* podemos leer: «Puesto que el poeta es imitador, lo mismo que un pintor o cualquier otro imaginero, necesariamente imitará siempre de una de las tres maneras posibles; pues o bien representará las cosas como eran o son, o bien como se dice o se cree que son, o bien como deben ser».³ Los ‘relatos de viaje’ se mueven en los límites entre lo literario y lo documental o historiográfico, de ahí que la profesora Carrizo Rueda haya insistido con pertinencia, en uno de los trabajos más importantes acerca del género, en su carácter bifronte.⁴

La Edad Media ha sido un período especialmente fecundo en obras de este género. López Estrada ha contribuido con trabajos pioneros que abrieron camino en un territorio aún por explorar en los años setenta. El texto de la *Embajada a Tamorlán* (siglo XV) constituye, en la estela del *Libro de las maravillas del mundo* de Marco Polo (siglo XIV), el ‘relato de viaje’ por excelencia, que ha recibido solventes estudios y ediciones.⁵ Misiones diplomáticas, de reyes o de pastores de la Iglesia, viajes comerciales, peregrinaciones, son los motivos principales que empujan a los viajeros a sus desplazamientos y posteriores relatos.

¹ Aristóteles, *Poética*, 1451b.

² 1451b.

³ 1460b.

⁴ Carrizo Rueda (1997).

⁵ Otros muchos libros de viajes de la época se encuadran más propiamente dentro del ámbito de la ficción. Tal es el caso de la *Fazienda de Ultramar* del XIII, una peculiar guía de peregrinos a Tierra Santa con un sesgo claramente libresco; el *Libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo*, escrito hacia 1350 por un franciscano anónimo; el *Libro del Infante don Pedro de Portugal*, atribuido a Gómez de Santisteban, del que se suele destacar el carácter fabuloso de sus aventuras, de redacción cuatrocentista, cuyas versiones conocidas son del XVI, o las traducciones del *Libro de las maravillas* de Juan de Mandeville (segunda mitad del XIV). Un caso intermedio lo encontramos en el citado *Andanças e viajes por diversas partes del mundo*, de Pero Tafur, escrito hacia 1454, caracterizado como relato de aventuras con cierto parentesco con las novelas caballerescas de la época.

Se ha insistido mucho en que la mentira o la falacia es algo propio de este género o, si se quiere, que los autores de los relatos de viaje eran o son, por definición, mentacés.

La mentira o el carácter fabuloso, si se prefiere, no es una característica de estos relatos, ni siquiera en la Edad Media y el Siglo de Oro, etapas a las que se atribuye especialmente este rasgo. Sin duda, lo maravilloso, lo fantástico, es una constante que recorre estos relatos a lo largo de las etapas mencionadas y hasta el siglo XVIII. Pero conviene matizar. Como se sabe, la mayoría de las leyendas medievales que hablaban de los *mirabilia*, con todo su cortejo de correspondencia apócrifa de personajes ilustres entre los que no podía faltar Alejandro o el mismísimo Preste Juan y que hablaban de animales fantásticos y de seres monstruosos, acabaron recogidas en las enciclopedias de la época (piénsese en el *Speculum Naturale* de Beauvais), lo que contribuyó decisivamente a su canonización. Efectivamente, la mezcla entre lo verdadero y lo fantástico era un hecho innegable, pero debido sobre todo al desconocimiento que existía de aquellas zonas, *terrae ignotae*, aún inexploradas. San Isidoro, incluso, en sus *Etimologías*, como sabemos, se hacía eco de toda esta literatura fantástica. Así pues, la tradición libresca a que nos referimos influyó y mucho en esta visión, pero no solo en la de los viajeros.

En el libro *Las maravillas del mundo* (2008: 162), por ejemplo, Marco Polo no sin cierta ironía desmitifica la imagen del fabuloso unicornio identificándolo con el pesado rinoceronte:

Tienen muchos leones salvajes y unicornios, que no son menores que los elefantes; el pelo lo tienen como los búfalos, las patas como las del elefante, en el centro de la frente tiene un cuerno grande y negro. Os diré que no hieren con ese cuerno, sino con la lengua, que está cuajada de grandes espinas. Su cabeza es parecida a la del jabalí, aunque la llevan siempre inclinada hacia el suelo. Les gusta estar en el fango. Es un animal muy feo, y desde luego, no es que se deje tomar en brazos por una doncella, como decimos nosotros, sino todo lo contrario.

Lo que distingue precisamente los ‘relatos de viaje’ de otras obras literarias del mismo período es que, en sus descripciones se impone con más contundencia la realidad misma a la tradición libresca. Quizá ellos fueron los primeros en cuestionarse algunas de las fantasías que se arrastraban desde la época clásica.

De ahí, la necesidad de indagar sobre determinadas figuras del lenguaje que en estos textos adquieren una dimensión extraordinaria y que urge estudiar en profundidad. Hurgar en los entresijos de la figura de la descripción en los relatos medievales (o en los del descubrimiento o en posteriores), por ejemplo, puede alertarnos acerca de un

cambio de paradigma, lo cual nos enfrenta ante unos problemas que trascienden el mero análisis estilístico. Los escritores viajeros, como decía al comienzo de mi intervención, se pueden considerar en este punto los primeros empiristas *avant la lettre*.

Para el repaso histórico de autores y obras que sigue me baso fundamentalmente en el que dejé establecido en otra ocasión.⁶ Allí decía que estamos todavía ante un género en formación. De ahí que nos encontremos con algunas crónicas de la baja Edad Media que contienen *in nuce* algo así como pequeños ‘relatos de viaje’ que en otra ocasión he calificado como de microrrelatos, tal el caso de la *Crónica abreviada de España* (1482) de Diego de Valera. Estas crónicas medievales del siglo XV, en la estela de la tradición historiográfica señalada, indicaban ciertos rasgos de modernidad que se afianzarían más adelante en las crónicas de Indias. En primer lugar, la presencia del yo como nuevo argumento de autoridad que se proyectaba en el uso de la primera persona y, en segundo, una voluntad clara de reflejar la realidad, actitud nada común en los escritores medievales, para quienes la observación de la realidad se limitaba, por lo general, a un uso literario. Estas particularidades (el relato de un viaje realmente efectuado, su testimonio y la descripción objetiva del mismo) propias de los relatos de viaje medievales, tienen mucho que ver con la tradición de estas crónicas.

Cuando Diego de Valera relata sus viajes en misiones diplomáticas se refiere a países y lugares que ha visitado y que conoce de primera mano. Como ocurrirá también más adelante con las crónicas de Indias, el narrador se servirá de los recursos de la retórica clásica que, al suministrar esquemas y tópicos compositivos, facilitarán la presentación de las novedades recién descubiertas en las travesías. La relación entre ambos géneros, las crónicas y los ‘relatos de viaje’, se manifestará igualmente en que las técnicas compositivas de aquellas servirán de inspiración a estos.⁷ Parece claro que algunos ‘relatos de viaje’ asumen ciertos procedimientos de las crónicas.

Aunque en la crónica de Diego de Valera se trata tan solo de un arranque testimonial, supone ya un nuevo modo de autoridad que rivaliza con la de los clásicos. Prevalece el peso de la tradición y de las autoridades, que legitima la aparición de lo maravilloso en la crónica. También el “yo” despunta como autoridad que compite al mismo nivel que la de los clásicos. Esta parte de la crónica en que refiere el mismo Valera los lugares que ha conocido, funciona como los ‘relatos de viaje’ de la Edad Media, caracterizados por ir dejando paso a un espacio más ajustado a la realidad.

⁶ Albuquerque (2011).

⁷ López Estrada (1984: 134-135) señala la coincidencia, en la manera de ofrecer los itinerarios, entre la *Embajada a Tamorlán* y la *Crónica de Juan II*. En concreto, el camino del infante don Fernando desde Córdoba a Antequera de la crónica citada se utiliza como patrón narrativo en el texto de la *Embajada*.

Al describir la geografía, por ejemplo, la narración asume a veces la primera persona para hablar de los países y regiones que el autor conoce de primera mano. A la intención didáctica de esta composición se une el afán de protagonismo del autor que desea ser reconocido por sus hechos, sus hazañas y sus andanzas. Este énfasis testimonial provoca digresiones, desliza el relato hacia lo descriptivo y fomenta el uso de figuras retóricas como la *evidentia* (“poner ante los ojos”).

La *Crònica* de Ramón Muntaner (siglo XIV) también contiene pequeños ‘relatos de viaje’ en los que las vivencias personales adquieren cierto protagonismo. Gran parte de la crónica se ordena en torno a los viajes que el cronista realizó a lo largo de su azarosa vida. En esas partes que podemos considerar como auténticos ‘relatos de viaje’ solo se cuenta lo que “vio”, la “vera veritat”. La intención de “ver” para “contar” es el objeto primordial de su relato.

Si nos fijamos en algunas crónicas de Indias los dos procedimientos referidos, el subrayado del “yo” como nueva autoridad frente a los clásicos y una voluntad cada vez más acentuada de reflejar la realidad de un modo directo (el autor/narrador es un testigo de excepción), se potenciarán de manera muy notable. Me refiero sobre todo a *Diario de los viajes* de Colón, sus *Cartas a los Reyes*, *Las cartas de Relación* de Hernán Cortés, los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo o la primera parte de *La crónica del Perú* de Pedro de Cieza de León, a las que se podría añadir la impactante *Relación de Pigafetta* (1524), crónica de la primera circunnavegación de uno de los supervivientes de la expedición de Magallanes.

Me atrevería a afirmar —al hilo de unas reflexiones a otro propósito del gran antropólogo John Howland Rowe (1965)— que, gracias a estos viajeros y exploradores del Nuevo Mundo y a la aportación de humanistas como Nebrija o Mártir de Anglería, se acelera un cambio de paradigma que se podría condensar de la siguiente manera: si la Antigüedad clásica consideraba que para comprendernos mejor era necesario estudiarlos mejor a nosotros mismos, con estos ‘relatos de viaje’ del descubrimiento se inicia la consideración de que para comprendernos mejor es necesario estudiar mejor a los otros. Y es que, a pesar de la tradición libresca que pesa sobre los relatos de estos descubridores, se puede entrever un paulatino deseo de describir con cierta fidelidad lo observado.

Estas crónicas informan sobre el viaje y transmiten las impresiones recibidas por el descubrimiento del Nuevo Mundo en unos textos con una voluntad de estilo y un indudable valor literario, que han sido incluidas en la mayoría de las historias de la literatura en la sección de “Crónicas” y sus autores en la de “Historiadores de Indias”. La identidad entre autor, narrador y personaje es uno de los pilares de estos textos. Colón en su *Diario* utiliza reiteradamente la primera persona y se sirve del verbo ‘ver’

para afianzar la autoría de lo relatado. Alvar Núñez, en el proemio a los *Naufragios*, justifica la narración de los hechos como testimonios también en primera persona y cierra el proemio con una declaración de autenticidad.

Si tomamos en cuenta que la descripción se convierte en el elemento configurador de un discurso que está al servicio de la transmisión de una novedad absoluta, su análisis detallado nos pone en relación con un aspecto que sobrepasa lo literario, estrictamente hablando, y de la que se ha de dar cuenta con las herramientas lingüísticas entonces al alcance. Los cronistas se encuentran, como sabemos, con una realidad completamente nueva y con unos recursos lógicamente limitados a su formación cultural e intelectual.

Los signos paratextuales actúan en estos textos en cierto modo como correlato de la factualidad del texto: la autenticidad del contenido se hace explícita en las explicaciones y justificaciones de los prólogos y como marco de los relatos se utilizan las cronologías de los diarios de Colón, los epígrafes de los capítulos de los *Naufragios*, los encabezamientos de las *Relaciones* de Cortés o, finalmente, las enumeraciones y listas como la que se adjunta al final de la primera relación.

La intertextualidad actúa en estos textos como rasgo propio del género. Los relatos bíblicos, los romances y novelas que formaban parte de la cultura tradicional, las novelas de caballerías o algunos textos jurídicos como *Las siete partidas* son lecturas que están presentes, ya sea de manera consciente o inconsciente. La intertextualidad atraviesa las crónicas y constituye una de sus particularidades más interesantes. Las obras que forman parte del imaginario colectivo de los cronistas se incorporan a sus textos con una finalidad de otro orden: la descripción de una realidad distinta y distante para cuya inteligibilidad no se dispone aún, como decía, de las herramientas lingüísticas y cognitivas precisas. Estamos en los albores de la modernidad.

En la primera mitad del siglo XVII cristaliza en Inglaterra el fenómeno que conocemos como el *Gran Tour*, que alentaba los deseos de conocimiento a través de los viajes por Europa. En 1625 se publica el ensayo *De los viajes*, de Francis Bacon, cuyas consideraciones influyeron en la literatura de viajes estimulada por el *Grand Tour*. Más de un siglo después, El *Emilio* (1760) de Rousseau, incluirá el ensayo titulado *De los viajes*, cuya repercusión en Europa no fue menor que la del ensayo de Bacon. Las aportaciones teóricas con respecto a los viajes (a los ‘relatos de viaje’ en el sentido en que aquí lo tomamos) alcanzan su máxima consideración en el artículo *Voyage* de la *Enciclopedia* de Diderot y D’Alambert, que afianza el viaje como un hecho fundamental en la instrucción de los jóvenes que influyó —según Arbillaga (2005)— en la gestación del ensayo que Cadalso incluyó dentro de *Los eruditos a la violeta*, titulado «Instrucciones dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes»

(1772); en este el autor aconsejaba, entre otras cosas, «anotar cada noche lo observado durante el día y, lo más importante, evitar los prejuicios que el joven traiga de su nación», lo que confirma algunas de las premisas del género comentadas hasta el momento.

Nos encontramos de lleno dentro de un nuevo paradigma cultural. Dos hitos científicos marcan la pauta de los nuevos tiempos que corren para Europa: la publicación en 1735 del *Systema Naturae* de Carl Linneo y la expedición de La Condamine, la gran expedición científica europea, que proyectaba la determinación de la forma exacta de la Tierra. Para Mary Louise Pratt (2010: 67) la empresa científica implicaba a la lingüística, ya que los tratados naturalistas de la época, con toda su carga de nomenclatura y taxonomías fue divulgada por la narrativa de viajes y por el periodismo, que actuaron de mediadores entre la red científica y un público más amplio. Los relatos de viaje se hicieron eco del proyecto global que suponía la nueva dimensión científica creada por el sistema de Linneo.

En la segunda mitad del siglo XVIII los viajeros científicos elaborarán paradigmas discursivos nuevos en los que la descripción estará al servicio de la ciencia natural y de su empeño por reducir la realidad a esquemas y matrices de un alto grado de precisión y orden. De nuevo, las figuras como la descripción adquieren, como decíamos, una importancia decisiva. Pero no solo. Los artificios lingüísticos, como las metáforas, comparaciones, metonimias, sinécdoques, etc., despliegan todo su potencial cognitivo al servicio del nuevo paradigma científico.

El viaje se instala, pues, en la vida social de la Ilustración como un hito insoslayable dentro del currículum del hombre ilustrado y se convierte en elemento nuclear en la formación de los jóvenes. La curiosidad por el conocimiento de los otros que se preconizaba en el Renacimiento se consolida ahora como un hecho asumido con absoluta naturalidad. Los viajes científicos y los viajes de formación se erigen en los cauces fundamentales por los que discurre el género. Los primeros, sirvieron para confeccionar grandes colecciones naturalistas cuyo estudio sigue vigente con una gran cantidad de trabajos. Los segundos, entran de lleno dentro del género de los ‘relatos de viaje’. Pero la división entre unos y otros no es tan sencilla. Habrá que analizar los viajes científicos (y no solo los del siglo XVIII) para dilucidar si son testimonios estrictamente científicos o si se pueden considerar en todo o en parte ‘relatos de viaje’.

Un caso singular es el del anteriormente citado *Primer viaje alrededor del globo* del veneciano Antonio Pigafetta (Venecia, 1480-1534), escrito algunos años después de la expedición (1522), cuyos abundantes datos acerca de la geografía, la flora, la fauna, los habitantes indígenas de los lugares recorridos e incluso las noticias sobre las lenguas autóctonas que se documentan no anulan su posible adscripción literaria, sino

que se integran sin violencia dentro del conjunto conformando un interesante ‘relato de viaje’. Otro gran viajero, un ilustrado al servicio de la corona española, Alejandro Malaspina (1794-1809), proyectó su viaje de circunnavegación en la estela de su paisano Pigafetta. Quedaría por determinar si sus diarios y escritos podrían entrar en la categoría de los ‘relatos de viaje’, para lo que habrá que rastrear su voluntad de estilo, su mayor o menor entramado narrativo y su proclividad a lo subjetivo frente a la tendencia tercamente objetiva de los relatos estrictamente científicos.

Mary Louise Pratt (2010: 64) acota con agudeza el marco de los viajes ilustrados:

Los viajes y la literatura de viajes jamás volverían a ser los mismos. En la segunda mitad del siglo XVIII, todas las expediciones científicas o no, y todos los viajeros, científicos o no, tuvieron algo que ver con la historia natural. La recolección de ejemplares, la creación de colecciones, la denominación de especies nuevas, el reconocimiento de las conocidas, todo ello llegó a ser un tema obligado en los viajes y en los libros de viajes [...] Las narraciones de viajes de todo tipo empezaron a introducir lentas páginas llenas de refinada “literatura de la naturaleza”. Las descripciones de flora y fauna no eran nuevas en la literatura de viajes. Por el contrario, siempre habían formado parte de los libros de viajes, al menos desde el siglo XVI. Pero en general estaban estructuradas como apéndices o digresiones formales de la narración. Con el establecimiento del proyecto global de clasificación, la observación y catalogación de la naturaleza se tornó narrable.

El viaje en su dimensión teórica y como práctica social adquiere en el Siglo de las Luces una importancia que supera con mucho la que se le había otorgado anteriormente. Se ha convertido en un fenómeno social y cultural cuya proyección se refleja, entre otros muchos aspectos, en una mayor presencia del viaje en la literatura en general.

Al asentarse las coordenadas filosóficas y epistemológicas provenientes del siglo anterior, la teoría acerca de los viajes queda fijada dentro de un marco cognitivo en el que la inducción ocupa un lugar privilegiado y la observación directa de los hechos se erige en condición necesaria para el conocimiento de la realidad.

Como hecho singular aparecen las primeras consideraciones teóricas en torno al viaje como un fenómeno que se consolida en este siglo en tanto por proyección de los principios epistemológicos antes aludidos con un claro marchamo anglo-empirista. Son textos que podríamos calificar como típicamente dieciochescos en los que el objetivo pedagógico está claro y cuya adscripción al género del ensayo parece fuera de toda duda.

Coincido con Mary Louise Pratt (1997: 26) cuando afirma que la Filosofía de la Historia descansa, en su origen, en el modelo epistémico de la historia natural ilustrada que es, junto con la literatura de viajes, lo que produjo la Ilustración: una forma eurocéntrica de conciencia global o “planetaria”.

Según esto, el paradigma científico moderno y especialmente el de las ciencias naturales de Linneo registra el mundo y lo ordena en sistemas abarcadores sostenidos por leyes inmutables. Estas, a su vez, ofrecen explicaciones totalizadoras acerca del temperamento, la idiosincrasia y el modo de ser y comportarse del individuo, lo que hubiera llevado hasta sus últimas consecuencias si no hubiera sido por el afán viajero y su posterior relato.

Una de las manifestaciones más directas de este nuevo paradigma fueron los ‘relatos de viaje’ científicos. España no fue una excepción en este terreno. Malaspina es el ejemplo más significativo de una expedición española durante el siglo XVIII. Desgraciadamente, el diario de la expedición, que se prolongó desde julio de 1789 hasta septiembre de 1794, no llegó a publicarse hasta mediados del XIX. En 1885 el teniente de navío Pedro Novo y Colson lo publicó con el título de *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida*. Si no el relato entero, muchas de sus partes podrían considerarse como ‘relatos de viaje’ en las que se narran las expediciones a los países explorados, sus habitantes, su política y sus lugares, a todo lo cual se acompañan ilustraciones y apéndices.⁸

Pero no todos esos viajes científicos y sus relatos pueden consierarse sin más dentro de la disciplina literaria. Habrá que deslindar cuáles y qué partes disponen al menos de un hilo narrativo que nos posibilite analizarlos desde esta perspectiva. Sin duda nos encontramos ante un género que nos sitúa en una encrucijada interdisciplinar.

Y no solo en los ‘relatos de viaje’ científicos se observa la nueva deriva cultural. Abundan muchos otros en forma de apuntes, diarios, memorias y cartas que llevan también el nuevo marchamo ilustrado. Aunque se suele citar a Antonio Ponz y su *Viage de España* (1772-1774) como un ejemplo de literatura viajera, no se acentúa suficientemente su marcado desequilibrio hacia lo descriptivo en relación con lo narrativo. Lo que, desde nuestra perspectiva, lo sitúa en los márgenes del ‘relato de viaje’ propiamente dicho.

En los nuevos moldes que asume el género (apuntes, diarios, memorias, cartas...) destacan autores como Jovellanos y Leandro Fernández de Moratín. Algunas de las *Cartas* del primero contienen verdaderos tesoros en cuanto ‘relatos de viaje’. Algo similar ocurre con el *Diario* en el que anota Jovellanos a su paso por distintas regiones españolas a modo de *Itinerarios* las incidencias diarias, según lo aconsejaban las circunstancias. La minuciosidad de las descripciones, el rigor con que se sitúan los hechos y la sensibilidad con que se dibuja la naturaleza son rasgos muy notables de su estilo.

⁸ Malaspina había previsto dividir su obra en tres partes: a la América meridional y septentrional dedicaría las dos primeras y a Oceanía la tercera. Cada parte se dividiría a su vez en tres apartados: el viaje, el país y sus naturales y, finalmente, la política. Aparte irían los viajes impulsados por la expedición. Alrededor de setenta dibujos ilustrarían toda la obra.

Algunos estudiosos lo han llegado a considerar precursor de los ‘relatos de viaje’ del 98 al comparar la pulcritud de sus descripciones paisajísticas con las de Azorín.

Las *Cartas familiares* que el padre Andrés dirigió a su hermano Carlos constituye uno de los ‘relatos de viaje’ más conocidos y difundidos de la época, de cuya notoriedad da cuenta el hecho de que en Alemania e Italia se hicieran inmediatamente traducciones.

Son muy frecuentes en el siglo XVIII los viajes a Italia, que los intelectuales ilustrados nos han legado en forma de colección de ‘relatos de viaje’. *El Viaje a Italia* de José Viera y Clavijo, el *Viage a Italia* de Leandro Fernández de Moratín o las citadas *Cartas familiares desde Italia* del padre Andrés encontrarán continuación en la siguiente centuria.

El viaje se ha hecho necesario dentro de la cultura ilustrada como medio de educación indispensable. Las formas que asume ya no tienen que ver principalmente con las relaciones, crónicas o embajadas de los siglos anteriores, sino con las memorias, los apuntes, las cartas, los diarios, la prensa.

El género se ha metamorfoseado en otros moldes distintos de los de la Edad Media y el Renacimiento, manteniendo sus mecanismos básicos: se trata de viajes reales posteriormente narrados con una clara voluntad descriptiva y un arraigado sentido de la testimonialidad como argumento del “yo” que se instaura como algo natural en su maquinaria narrativa.

El Romanticismo dejará su impronta en el género al convertir la voz del autor/narrador en una instancia decisiva. El viaje se instala de pleno derecho dentro de los límites de la literatura y los viajeros se vuelven cada vez más intercambiables con la figura del escritor.

Es claro que la literatura de viajes ficcional, tan abundante en el período romántico, no comparte el marco genérico del ‘relato de viaje’ tal cual lo hemos propuesto. Comparte procedimientos, pero se enmarca del lado de la ficción. No es infrecuente, en sentido contrario, el pseudo-relato de viaje o viaje artístico-literario, modalidad romántica en la que la descripción se impone de tal manera al componente narrativo que neutraliza su condición misma de relato.

El género goza de una vitalidad extraordinaria durante el siglo XIX y afianza la figura del viajero que se identifica cada vez más con la del escritor. Así como en el siglo anterior el viaje formaba parte de la formación del individuo que se veía en cierto modo apremiado a su realización, ahora el relato mismo se convierte en condición primera del viaje, en vez de ser el resultado o una de sus posibles consecuencias.⁹ Por utilizar la analogía de Abrams (1975) en su libro *El espejo y la lámpara*, el autor/via-

⁹ Le Huenen (2008: 43).

jero es ahora la lámpara que ilumina la realidad, frente al espejo en el que se había convertido en el siglo anterior.

Los autores y obras son numerosos tanto en España como en el resto de Europa. Las *Cartas de Rusia* de Valera son un ejemplo memorable de ‘relato de viaje’ en el que, aparte del molde epistolar en el que destacó su autor con verdadera maestría, se evidencia el proceso de intertextualidad anteriormente señalado.

Los artículos publicados en la prensa periódica y recogidos luego de manera exenta fueron el origen de muchos de los ‘relatos de viaje’ de la época. Durante el período romántico el periodismo y la literatura tuvieron en este género, como ya se barruntaba en el siglo anterior, uno de sus puntos de encuentro.

No es posible pasar al siglo XX español sin reparar en la huella que la generación del 98 dejó en el género. “Las notas de andar y ver. Viajes, gentes y países” de Ortega y Gasset marcaron la pauta teórica de gran parte de la escritura viajera de la primera mitad del siglo XX español. Los ‘relatos de viaje’ de Unamuno, Baroja o Azorín no se entienden bien sin esta teoría del paisaje en la que hablar del hombre implica referirse necesariamente al medio y viceversa.

Y esto, en lo que respecta a la Península. Bastaría hojear el trabajo de Federico Guzmán (2011) centrado en la literatura hispanoamericana para darse cuenta del camino que aún queda por recorrer: Domingo Faustino Sarmiento, Lucio Mansilla, Manuel Ugarte, Victoria Ocampo, Mujica Lainez o Sergio Chejfec, son algunos de los autores más conocidos cuyos relatos son oportunamente tratados.

El listado de autores españoles e hispanoamericanos contemporáneos de ‘relatos de viaje’ es inmenso. Basta con echar un vistazo al imponente libro de Julio Peñate (2010), *Introducción al relato de viaje hispánico del siglo XX: textos, etapas, metodología* para confirmarlo: Javier Reverte, Manuel Leguineche, Julio Llamazares, Sergio Pitol, José María Merino, Manuel de Lope, Luis Mateo Díez, Mempo Giardinelli, Ernesto Mächler, Lorenzo Silva, Alfonso Armada, suponen tan solo una pequeña parte de viajeros que nos han transmitido sus relatos.

Los relatos de viaje, finalmente, absorben también en los últimos años aspectos vinculados con la postmodernidad y el mundo globalizado, que actúan como paradigma de la contemporaneidad. En este contexto, abundan los ‘metarrelatos de viajes’, como apunta Jordi Carrión (2007: 33). María Rubio (2011: 66), por su parte, al referirse a la seducción de la escritura y el deslizamiento del topos cultural al topos literario, consecuencia de la desnaturalización del viaje (que ha pasado de la excepcionalidad a la cotidianidad), ha señalado que tanto el viaje y su narración se han fragmentado, multiplicado y, en último término, deconstruido.

Me gustaría concluir con algo que está en el trasfondo de todo lo dicho hasta ahora. Conocer al otro, comprender a los demás, implica normalmente un viaje, siempre

necesario para su posterior relato. Como dice Todorov (1993) en *Las morales de la historia* “el que no conoce más que lo suyo se arriesga siempre a confundir cultura y naturaleza, a erigir el hábito en norma, a generalizar a partir de un ejemplo único: él mismo”. En definitiva, se trata de un género que está en el origen mismo del hecho literario y, por eso mismo, nunca ha dejado de existir.

Bibliografía

- ABRAMS, M.H., 1975, *El espejo y la lámpara: teoría romántica y tradición crítica*, Barcelona, Barral.
- ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis, 2011, “El relato de viajes: hitos y formas en la evolución del género”, *Revista de Literatura* (n.º monográfico *Relatos y literatura de viajes en el ámbito hispánico: poética e historia*, Luis Alburquerque, coordinador), LXXIII/145, pp. 15-34.
- ARBILLAGA, Idoia, 2005, *Estética y teoría del libro de viaje. El ‘viaje a Italia’ en España*, Málaga, Anejo LV de Analecta Malacitana.
- ARISTÓTELES, *Poética*, 1974, ed. trilingüe de Valentín García Yebra, Madrid, Gredos.
- CARRIZO RUEDA, Sofía, 1977, *Poética del relato de viajes*, Kassel, Reichenberger.
- CARRIÓN, Jordi, 2007, “Del viaje: penúltimas tendencias”, *Quimera*, Jordi Carrión (coord.), *Metaviajeros*, 284/5, pp. 32-35.
- GUZMÁN, Federico, 2011, “Tipología del relato de viajes en la literatura hispanoamericana: definiciones y desarrollo”, *Revista de Literatura* (n.º monográfico *Relatos y literatura de viajes en el ámbito hispánico: poética e historia*, Luis Alburquerque, coordinador) LXXIII/145, pp. 111-130.
- LE HUENEN, Roland, 2008, “El relato de viajes: la entrada en la literatura”, *Quimera*, Patricia Almarcegui (coord.), *Viajeros del siglo XIX. Del libro de viaje a la literatura de viaje*, 298, pp. 40-47.
- PEÑATE, Julio, 2012, *Introducción al relato de viaje hispánico del siglo XX: textos, etapas, metodología*, 2 vols., Madrid, Visor.
- POLO, Marco, 2008, *Libro de las maravillas del mundo*, ed. Manuel Carrera Díaz, Madrid, Cátedra.
- PRATT, Mary Louise, 2010, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México, FCE.
- ROWE, John Howland, 1965, “The Renaissance Foundations of Anthropology”, *American Anthropologist*, 67, pp. 1-20.

LUIS ALBURQUERQUE-GARCÍA

RUBIO, María, 2011, “En los límites del libro de viajes: seducción, canonicidad y transgresión de un género”, *Revista de Literatura* (n.º monográfico *Relatos y literatura de viajes en el ámbito hispánico: poética e historia*, Luis Alburquerque, coordinador) LXXIII/145, pp. 65-90.

TODOROV, Tzvetan, 1993, *Las morales de la historia*, Barcelona, Paidós.